

El verano de los gigantes

El comienzo de la Gran Guerra
en el Oeste y la Batalla del Marne

Antonio Muñoz Lorente



Colección
Historia de los conflictos

EL VERANO DE LOS GIGANTES

El comienzo de La Gran Guerra en
el Oeste y la Batalla del Marne (1914)

ANTONIO MUÑOZ LORENTE

EL VERANO DE LOS GIGANTES: *El comienzo de La Gran Guerra en el Oeste y la Batalla del Marne (1914)*

Antonio Muñoz Lorente

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Esta edición de Ediciones Platea:

1º Edición octubre 2014

Diseño de portada: Martín Garcés

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2014: Ediciones Platea, S.L.

Francesc Ferrer i Guardia, 25. 5º-2º. Mollet del Vallés. 08100. Barcelona.

www.edicionesplatea.com

Colección Historia de los Conflictos

ISBN: 9788494288401

Depósito Legal: DL B 21933-2014

Foto de portada: Départ du 66e Régiment d'infanterie le 5 août 1914. Wikipedia Commons

Foto de contra portada: Bundesarchiv Bild 102-00277A, Frankreich, Schlacht an der Marne.

Wikipedia Commons

No hay otro periodo de la Gran Guerra que pueda ser comparado en interés con su comienzo. La concentración, silenciosa, preparada, de fuerzas gigantescas, el carácter de incertidumbre de sus movimientos y posiciones, el número de elementos y de hechos desconocidos e impenetrables, hicieron de este primer encuentro un drama cuya grandeza difícilmente podrá ser superada... En ningún otro momento de la guerra las operaciones generales se condujeron en una escala tan vasta, la pérdidas fueron tan terribles, ni tan elevado lo que estaba en juego.

Winston Churchill

Todo en la guerra es sencillo, pero la cosa más sencilla es difícil. Las dificultades se acumulan y acaban por producir una especie de fricción que resulta inconcebible. Los factores absolutos, llamados matemáticos, no encuentran nunca un fundamento sólido en los cálculos militares.

Carl von Clausewitz

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

PRELUDIO	11
1. El aparato infernal	13
Un tranquilo día de domingo	13
La Europa dividida	14
2. ¿Cannas en el Oeste?	21
La guerra que debía acabar con todas las guerras	21
Ferrocarriles, reservistas y ametralladoras	22
Plan Schlieffen	25
El triste Julius	32
¿Perdió Moltke la primera guerra mundial?	34
3. Papá Joffre	41
La mística de la ofensiva	41
El final del general Michel	43
Los bigotes más famosos de Francia	46
Plan XVII	48
4. C'est la guerre européenne!	53
Un heredero al que nadie quería	53
El imperio asediado	55
Los Balcanes como epicentro de la tensión	56
La hora de los asesinos	59
La reacción austríaca y el cheque en blanco alemán	61
Ultimátum para Belgrado	66
Decisión en San Petersburgo	68
Los serbios responde... y los rusos van en su ayuda	70
La guerra ya está decidida	75
La movilización general rusa	78
Moltke entra en escena	80
Esto no iba a ser una guerra entre caballeros	85

SEGUNDA PARTE

LA BATALLA DE LAS FRONTERAS 89

5.	Una inmensa guadaña	91
	Una vasta migración europea	91
	Los ejércitos enfrentados	93
	El despliegue alemán	98
	La puerta de Bélgica	100
	El dilema de Joffre	108
	Desastre en Mulhouse	109
	La ofensiva francesa en Lorena	111
	Cannas en el flanco izquierdo	116
	La batalla de la Trouée de Charmes	121
6.	El fracaso del Plan XVII	127
	La ofensiva de las Ardenas	127
	Las dudas del general Charles Lanrezac	131
	Relaciones envenenadas	134
	El Sambre	140
	El contraataque francés para recuperar los puentes	145
	Lanrezac se retira	148
	La hora de Alexander von Kluck	153
	«Una masa de blancos humanos»	155
	La acción de retaguardia	158
7.	Los alemanes a 130 kilómetros de París	163
	La Gran Retirada	163
	Un ejército agotado	166
	Instrucción general nº 2	168
	Le Cateau: la BEF en el abismo	171
	La última batalla de Charles Lanrezac	176
	Desperate Frankie	180

TERCERA PARTE

EL MARNE	185
8. Los alemanes se meten en la trampa	187
Una entrevista bochornosa	
y un general francés que se va	187
El gran momento	190
Los alemanes descuidan el flanco	197
El fin del Plan Schlieffen	201
9. El Ourcq	205
Hans von Gronau salva al ejército alemán	205
Kluck crea una brecha en el dispositivo alemán	211
Los taxis del Marne	213
10. El turno de Franchet d'Espèrey y Foch	219
La pobre actuación británica	219
«La artillería conquista, la infantería ocupa»	220
Las marismas de Saint-Gond	224
Bayonetangrieff	230
11. El final	239
La batalla de Marchais-en-Brie	239
La misión del teniente coronel Hentsch	241
Culpables, héroes y sacrificados	248

PRIMERA PARTE
PRELUDIO

CAPÍTULO 1

El aparato infernal

Un tranquilo día de domingo

El verano de 1914 fue uno de los más calurosos que se recordaban en los últimos años en Europa. En la última semana de junio, todos aquellos que podían permitírselo se preparaban para disfrutar de las vacaciones estivales, uno de los símbolos del progreso y de las conquistas de los derechos de los trabajadores en el siglo anterior. Aprovechando el buen tiempo, la gente paseaba por las grandes arterias de las ciudades, comentaba las noticias de la prensa o llenaba los cafés, los teatros y los cines. Un joven actor británico de origen judío llamado Charles Chaplin acababa de debutar con el personaje al que siempre estaría unido, un vagabundo gamberro y melancólico llamado *The Tramp* (Charlot en varios idiomas). El mismo presidente de la República francesa, Raymond Poincaré, se sentaba aquel domingo 28 de junio de 1914 en la tribuna del hipódromo de Longchamps cuando un secretario le trajo un telegrama. El archiduque Francisco Fernando, heredero de la corona de Austro-Hungría, y su esposa, la condesa Sofía Chotek, habían caído asesinados por las balas de un grupo de nacionalistas en Sarajevo, la capital de Bosnia. El gobierno austríaco acusaba a su vecina Serbia de guiar la mano de los asesinos y amenazaba con movilizar a sus fuerzas, invadir el país e incorporarlo a los territorios del Imperio. Poincaré fue inmediatamente hasta donde se encontraba el embajador austro-húngaro y le puso al corriente de las noticias, le expresó sus condolencias y luego siguió viendo tranquilamente las carreras.

En cambio, el mariscal de campo sir John French adoptó una visión completamente diferente a la del mandatario francés. Se encontraba en Dover, de vuelta de una estancia en París, cuando un conocido subió a su compartimento para comunicarle las alarmantes noticias procedentes de los Balcanes. French, de 62 años, había sido nombrado en 1912 Jefe del Estado Mayor Imperial (CGIS, en la nomenclatura del Ejército británico). Al año siguiente, justo después de ser ascendido a mariscal

de campo, French dimitió para mostrar su desacuerdo con las nuevas leyes de autonomía del Ulster promulgadas por el gabinete liberal. Desde entonces estaba en dique seco, aunque arropado por su prestigio como héroe de la guerra contra los bóer y su éxito con las mujeres. Pero permanecía en contacto con la actualidad política, y era perfectamente capaz de darse cuenta de que la gigantesca olla a presión en la que Europa se había convertido durante la «paz armada» de las alianzas y las tensiones nacionalistas podía estallar en cualquier momento. Desde el mismo instante en que conoció la noticia del asesinato y de la escalada de tensión entre austríacos y serbios, French supo que la guerra era inevitable; pertenecía a la casta militar y los militares, como ningún otro estamento de la sociedad, se habían estado preparando para la guerra durante los últimos veinte años. Como más tarde escribió en sus recuerdos de la campaña: «En mi mente, y en vista de mi experiencia previa, se creó un sentimiento de malestar en mi interior y una sensación instintiva de que algo malo estaba a punto de ocurrir. Luego vinieron un par de semanas de aquella calma que anuncia la tempestad»¹.

Cinco semanas después, los ejércitos alemanes invadieron Bélgica, lo cual provocó la entrada en guerra de Gran Bretaña. Europa se lanzó a una larga y agotadora guerra mundial que produciría cambios políticos, sociales y culturales a una escala que no se había visto en el viejo continente desde las guerras de la Revolución Francesa. Un solo disparo, detrás del que se habían acumulado numerosos factores detonantes, causó el estallido y provocó la «gran catástrofe fundamental del siglo xx», como calificó a la Gran Guerra el diplomático e historiador George Kennan. Todos en el gran balneario del último verano de Europa hicieron las maletas y volvieron a sus hogares, disolviendo la civilizada comunidad internacional durante cuatro largos años. O quizás para siempre.

La Europa dividida

En los años que precedieron a la guerra las alianzas diplomáticas entre las principales potencias dividieron Europa en dos bloques antagónicos. Desde 1907, Rusia, Francia y Gran Bretaña (la Triple Entente) se enfrentaban a Alemania y Austria-Hungría (las Potencias Centrales). A su alrededor gravitaban otras potencias menores, mediante alianzas pú-

1 French, pág.1.

blicas o secretas. Apoyándose en el poder de estas alianzas, la política de las grandes potencias se hizo cada vez más agresiva, constituyendo un verdadero aparato infernal en el que la solución militar fue sustituyendo cada vez con más fuerza a las soluciones diplomáticas. Las cinco grandes potencias disponían de ejércitos inmensos, de un poder industrial extraordinario y de recursos inimaginables cien años atrás. Estas fueron las naciones que protagonizaron la crisis de julio de 1914 y las que acabaron declarándose la guerra.

La unificación de los estados alemanes y sus extraordinarias victorias relámpago sobre los ejércitos austríacos (1866) y franceses (1870) habían hecho aparecer un nuevo estado en el centro de Europa, el Imperio Alemán. La Alemania post-1870 desafiaba el equilibrio de poder que se había mantenido por lo menos desde la derrota de Napoleón en 1815. A finales del siglo XIX la Alemania guillermina se había convertido en una potencia industrial de primer orden y en un competidor extraordinario. En vísperas de la Primera Guerra Mundial su poder nacional superaba ya al de Francia y Austria-Hungría y podía haber alcanzado en muy poco tiempo el de Gran Bretaña, que hasta ese momento era el imperio más poderoso del mundo. En el curso de la vida de un hombre como lord Reginald Welby, nacido en 1832, el insignificante racimo de estados que había sido Alemania se había convertido en el Estado más poderoso de Europa. La cuestión alemana, por encima de cualquier otra cosa, iba a convertirse en el epicentro de la política mundial durante la primera mitad del siglo XX, causando extraordinarias convulsiones que han modelado el mundo en el que vivimos.

Se ha acusado a Alemania de llevar a cabo una política imperialista cada vez más agresiva a partir de 1880, de subvertir el orden mundial y de dotarse de medios agresivos y de una mentalidad deseosa de usarlos para conquistar el mundo. Lo cierto es que los métodos alemanes para hacer valer sus deseos en el mundo no diferían en absoluto de los utilizados por otras naciones. A comienzos del siglo, Estados Unidos libró una guerra despiadada en Filipinas en la que murieron alrededor de 750 000 filipinos; en cambio nadie acusó a Estados Unidos de ser un *juggernaut* insaciable y peligroso tal como británicos, franceses y rusos insinuaban cuando Alemania quería hacer valer sus derechos en el mundo.

Durante dos décadas el poderoso canciller alemán Otto von Bismarck consiguió sostener una política de alianzas que anulaba los intentos de su rival, la Francia post-1870, por formar una alianza anti-alemana. Su

objetivo era crear «una situación política global en la que todas las potencias, excepto Francia, nos necesiten y que en virtud de sus relaciones mutuas eviten en lo posible la formación de coaliciones en contra nuestra»². Sin embargo, Bismarck tuvo que dimitir en 1890 por su intolerancia hacia la izquierda parlamentaria, pero sus sucesores no fueron tan astutos a la hora de conducir sus relaciones internacionales. El resultado fue que Alemania se quedó progresivamente aislada en sus relaciones, enfrentándose a Gran Bretaña por la competición comercial y naval; a Francia, por las provincias perdidas por esta durante la guerra de 1870, y a Rusia por el apoyo que Berlín daba a Austria-Hungría en el tumultuoso trajín de los Balcanes.

El mismo entramado de alianzas parecía haber llegado a un callejón sin salida. La *Realpolitik* bismarckiana, basada en cálculos de poder y en el interés nacional, había favorecido la unificación de Alemania. Pero la presencia poderosa de Alemania en el centro de Europa, mirando al mismo tiempo hacia el Este, desde Prusia, y hacia el Oeste, desde el Rin, es decir, en constante peligro de colisionar en uno u otro frente contra sus rivales, provocó que la *Realpolitik* se volviera contra sí misma. La práctica del cálculo desapasionado puede evitar el rearme y las guerras a condición de que las potencias implicadas en él sean capaces de adaptar sus relaciones de acuerdo con circunstancias que siempre son cambiantes, o si los refrena un código de valores compartidos. Pero este no era el caso en la última década del siglo XIX.

Tarde o temprano, alguna de las cinco principales potencias sentiría que quedaba fuera de uno de los nodos de seguridad importantes y se echaría en brazos del otro bando. Y eso es lo que sucedió con Rusia en 1894.

En 1882, Alemania, Austria-Hungría e Italia habían formado la Triple Alianza. Esta formaba parte de una serie de acuerdos diplomáticos diseñados por Bismarck para reforzar la seguridad de Alemania en relación con las demás potencias. Al formar la Triple Alianza, por ejemplo, Alemania e Italia se comprometían a ayudarse mutuamente contra un ataque francés, mientras que Italia pactaba su neutralidad ante su rival, Austria-Hungría, en caso de una guerra con Rusia, disipando así las preocupaciones austríacas por una guerra en dos frentes. Austria, derrotada por Prusia en 1866, comenzaba su lento declive y cedía a esta el testigo

2 Cit. en Clark, pág. 159.

de «nación germana». Con Rusia como rival tanto en sus fronteras orientales (Polonia y Ucrania) como en los Balcanes, a Viena no le quedaba otro remedio que asegurarse su alianza con Alemania. Naturalmente, los alemanes llevaban la voz cantante en esta relación, pero tampoco podían permitirse el lujo de no disponer de ningún aliado frente a Rusia. A pesar de que Austria-Hungría era la potencia más débil de las cinco que lidiaban en Europa, los alemanes decidieron apoyar sus movimientos ofensivos en los Balcanes y contra Rusia.

El progresivo desapego de Alemania y Rusia iba a propiciar un extraordinario endurecimiento de las relaciones internacionales. En 1887 Bismarck había firmado con Rusia el llamado Tratado de Reaseguro. Conforme a las cláusulas de este tratado, ambas potencias acordaban mantenerse neutrales en caso de que cualquiera de los dos países se viera envuelto en una guerra con un tercero, excepto si Alemania atacaba a Francia o Rusia atacaba a Austria-Hungría. También dejaba las manos libres a Rusia si esta pretendía extender su influencia hacia el Bósforo a costa del débil Imperio Otomano. En suma, el Tratado de Reaseguro permitía a Alemania librar una guerra defensiva contra Francia y mantener controladas al mismo tiempo las tensiones en los Balcanes, ya que los austríacos no se embarcarían en una guerra contra Rusia sin el apoyo de Berlín. Pero al negarse a renovar el tratado con Rusia, Guillermo II la condenaba al aislamiento diplomático. Desde las guerras napoleónicas, Rusia, siempre había temido quedar apartada de la política continental. Había buscado alternativamente la alianza con la Francia napoleónica en 1807-1809, después contra Napoleón en 1812-1815 y luego como campeona de la reacción antiliberal durante el relativamente pacífico siglo XIX.

Por tanto, el equilibrio de poder concebido por Bismarck se basaba en mantener a Rusia satisfecha de su amistad con Alemania. Pero en 1888 Guillermo II subió al trono imperial de Alemania y enseguida imprimió a las relaciones exteriores de Alemania un talante más agresivo y errático. Había en Berlín un lobby antibismarckiano que denunciaba que el Tratado de Reaseguro ataba demasiado a Alemania a una alianza que no reportaba más que perjuicios. Guillermo se negó a renovar el Tratado de Reaseguro por otro periodo de tres años. Aunque resulte escandaloso, el nuevo canciller alemán, Caprivi, confesó que se sentía incapaz de seguir las intrincadas decisiones de Bismarck y quería que su política exterior fuese lo más transparente y sencilla posible. Esto era

simplemente ridículo, porque una nación como Alemania jamás podría tener una política internacional sencilla. Los alemanes deseaban también convencer a Austria-Hungría de la sinceridad de su alianza (sin negociar en secreto con Rusia) y, además, creían que el Tratado de Reaseguro sería un obstáculo a su prioridad principal: forjar una alianza con Gran Bretaña, ya que los rusos amenazaban la hegemonía británica en la India y el Mediterráneo.

La reacción de San Petersburgo no se hizo esperar y los acuerdos que durante veinte años habían mantenido a raya las ambiciones rusas y las turbulencias balcánicas saltaron en pedazos. El que Alemania se apoyara en Austria-Hungría fue interpretado por Rusia como una nueva predisposición de apoyar el aventurerismo austriaco en los Balcanes. El acercamiento de Berlín y Londres también ayudó a conducir a Rusia a un entendimiento con Francia. Después de varios contactos, Francia y Rusia suscribieron en 1894 un acuerdo defensivo orientado a contrarrestar la hegemonía germano-austriaca en Europa Central. El acuerdo franco-ruso unía a una República «atea» con la principal autocracia de Europa oriental, demostrando la increíble fluidez de las relaciones internacionales que habían roto los diques del equilibrio de 1815. La alianza franco-rusa especificaba en una convención militar que, en caso de que una tercera potencia atacara a alguno de los dos aliados, la otra estaría obligada a declararle la guerra. Este factor sería crucial para desencadenar la guerra en agosto de 1914.

El tratado franco-ruso de 1894 fue uno de los acuerdos diplomáticos más decisivos de la historia diplomática moderna, solo comparable al pacto germano-soviético de 1939. Alemania se enfrentaba a partir de ahora a la posibilidad de una guerra en dos frentes, lo cual acabaría condicionando sus futuros planes de guerra. Después de un primer acercamiento, Gran Bretaña, Francia y Rusia llegaron a una serie de acuerdos de colaboración que culminarían con la firma en 1907 de la Triple Entente (incluyendo un Convenio Naval Anglo-Ruso), que a partir de ese momento se convierte en la antagonista de la Triple Alianza (renovada ese mismo año por sus tres miembros).

Así, en un período de cuarenta años, entre 1874 y 1909, Europa había quedado definitivamente dividida en dos bloques de alianzas que parecían conducir a sus miembros, reforzados y confiados en el apoyo de sus aliados, a adoptar una política cada vez más agresiva con sus rivales. Más grave aún, ataban a sus gobiernos a una actitud unívoca. Tal como Sergei

Sazonov, ministro ruso de Asuntos Exteriores, le dijo al Zar en julio de 1914, si Rusia no apoyaba a Francia en aquellos momentos cruciales, existía el peligro de que no pudiera conservarla como aliada contra las Potencias Centrales. El soldado ruso, pues, debía morir por una ciudad de Alsacia, aunque no tuviera la más mínima posibilidad de visitarla en su vida. Francia se veía igualmente obligada a secundar a Rusia en el duelo que libraba en los Balcanes contra Austria-Hungría, aunque no tuviera ningún interés, ni territorial ni económico, en luchar contra los austríacos.

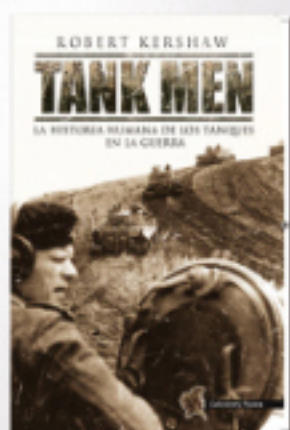
Cuando el mecanismo de las alianzas se pusiera en marcha en julio de 1914, arrastraría a toda Europa a la catástrofe. Durante un tiempo, sin embargo, parecía que la división de Europa en dos bloques antagónicos parecía asegurar la paz mediante la contención. Sencillamente, nadie quería arriesgarse a llevar al continente a una guerra. Siempre acababa encontrándose una vía de escape para salir del atolladero. Dos de las crisis más graves de la primera década del siglo, la de 1908, provocada por la anexión de Bosnia al Imperio Austrohúngaro, y la que enfrentó a franceses y británicos por una parte y alemanes por la otra en Marruecos en 1911, habían podido superarse gracias a las conversaciones diplomáticas. Tampoco la guerra de los Balcanes (1912-1913) en la que el imperio otomano, considerado el «anciano enfermo de Europa», había perdido la mayor parte de sus posesiones europeas a manos de Bulgaria, Serbia, Grecia y Montenegro había pasado de ser una «guerra local».

Haciéndose eco de ese optimismo, el escritor austríaco Stefan Zweig escribió en su obra *El mundo de ayer* que durante aquellos días del verano de 1914 «se podía observar cómo se oscurecían, aunque solo por unos minutos, los rostros de quienes compraban la prensa» cuando leían en los titulares la escalada de amenazas que se cruzaban entre las cancillerías europeas como si de una competición deportiva se tratara. No obstante, la preocupación duraba poco y Zweig admitía que aquellos conflictos diplomáticos, que eran conocidos desde hacía años «siempre se resolvían en el último momento, antes de que las cosas fueran de mal en peor. ¿Por qué no en esta ocasión también? Me parecía de lo más absurdo que, mientras miles y miles de alemanes disfrutaban, indolentes y felices, de la hospitalidad de aquel pequeño país que no tenía arte ni parte en la reyerta, hubiera un ejército en la frontera a punto de invadirlo».

Al igual que Zweig, la mayor parte de los observadores compartían la opinión de que el poder devastador de los ejércitos ya bastaba para que

fuera impensable una guerra que a buen seguro acabaría con la civilización. Efectivamente, el poder destructivo de los ejércitos era terrible, pero eso no detuvo la escalada en julio de 1914, sino que más bien la precipitó, cuando las necesidades estratégicas se impusieron sobre la cordura de la diplomacia. Para entenderlo, debemos ahora explicar, aunque de forma esquemática, cuáles eran las características de la nueva guerra de comienzos del siglo xx y los planes de guerra de los dos ejércitos que iban a enfrentarse en Francia en agosto de 1914.

Otros títulos de Ediciones Platea



Tank Men



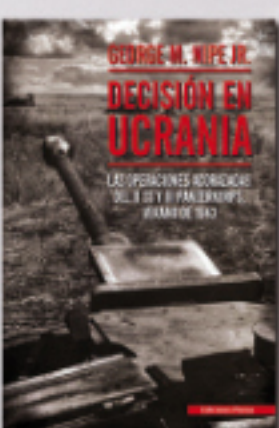
Nunca nieve en Septiembre



Tigres en el Barro



El Mito de la Blitzkrieg



Decisión en Ucrania



Dogfight

Colección Platea Series:



Barbarroja 3:00. La ruptura
Vol. I



La Wehrmacht se Retira



Sky Men



Operaciones Panzer



De la Blitzkrieg a
Tormenta del Desierto



Granaderos



Batallas de la Guerra
de los Treinta Años

Colección Historia de los Conflictos



El Verano de los Gigantes



Los Tercios de Flandes en Alemania



La Guerra de Frisia



Los Tercios en el Mediterráneo

Disponibles en www.edicionesplatea.com